

## JESUCRISTO<sup>1</sup>

También en la liturgia, Cristo es el centro, el protagonista absoluto, como lo es en general en el misterio de la salvación cristiana. El Catecismo de la Iglesia Católica, después de haber dedicado un largo capítulo en la primera parte a la fe en Jesucristo, luego, en la segunda, dedicada a la celebración litúrgica, lo enfoca todo desde Cristo Jesús, su Pascua y su presencia hoy en la Iglesia, sobre todo en el momento privilegiado de la celebración sacramental.

Después de haber realizado históricamente la obra de la Redención, ahora, Cristo Jesús, Resucitado, desde su existencia gloriosa junto al Padre, actúa por medio de los sacramentos, instituidos por él para comunicarnos su gracia y la fuerza salvadora de su Misterio Pascual, que hace dos mil años realizó de una vez para siempre pero que sigue presente y vivo en el mismo. Los sacramentos -y los demás momentos celebrativos de la comunidad- son «fuerzas que brotan del Cuerpo de Cristo siempre vivo y vivificante» (CCE 1116), son eficaces porque siguen siendo acciones de Cristo Resucitado, que actualiza misteriosamente su Pascua hoy y aquí para nosotros.

El Concilio (SC 5-7) ya planteó la comprensión de la liturgia como la participación de la comunidad en la Pascua de Cristo, y ahora el Catecismo lo afirma más detenidamente. A partir del Concilio se repite la enumeración de las varias maneras de presencia que Cristo Glorioso ejerce para su comunidad: está presente en la misma comunidad, en la persona del presidente que le representa, en su Palabra proclamada, en todos los sacramentos, que son «acciones de Cristo» y le deben a él su eficacia salvadora, y sobre todo en la Eucaristía, donde se nos da el pan y el vino como el alimento de vida eterna. Está presente también en la Liturgia de las Horas como orante supremo, que junto con su comunidad eleva al Padre el año litúrgico, que es una gracia cíclica por la que él mismo nos hace partícipes de la gracia salvadora de sus misterios.

Jesús es a la vez el protagonista (él es el que rinde culto al Padre, asociándonos ahora a nosotros a él, y nos sigue comunicando su gracia y su Palabra profética), el destinatario de nuestro culto (porque muchas veces le dirigimos a él nuestra alabanza, nuestra invocación y nuestro culto de adoración) y sobre todo nuestro Mediador y Sacerdote (por medio de él es cómo tenemos acceso al Padre, cómo podemos dirigirle nuestra alabanza y cómo podemos recibir la gracia y el perdón del Padre).

A lo largo del año, domingo tras domingo, y en la sucesión de los tiempos y las fiestas, Cristo nos comunica los misterios de su vida, centrados todos ellos en su Misterio Pascual.

---

<sup>1</sup> José Aldazábal, *Vocabulario Básico de Liturgia*, biblioteca litúrgica 3, Barcelona 2002, pág. 199 - 200.